

# DIARIO DEL MUNDIAL DE ALEMANIA (fragmento)

EZEQUIEL ALEMIAN

(del libro "La inquietud de sí", Narrativa Punto Aparte, 2017)

Hace tres semanas renuncié a mi cargo como editor de la sección Finanzas en un diario de economía. Cada vez que cuento lo que pasó, me detengo en los mismos tópicos: estaba muchas horas encerrado en la redacción, cumplía funciones de carácter casi administrativo, me faltaban estímulos, el diario estaba en venta, o lo estaban cerrando, con el retiro tuve la posibilidad de llevarme unos pesos, estaba cansado de los economistas. No sé, en realidad, si esos fueron los puntos determinantes de mi renuncia, pero como los repito todo el tiempo, empiezo a creer que sí.

Lo primero que hago después de dejar el diario es dar de baja mi celular, porque lo pagaba la empresa. Lo segundo: comprarme un televisor y un reproductor de dvd. Hace doce años que no tengo un televisor. El que compro es de veintiuna pulgadas, pantalla plana, en oferta. Tengo problemas para conectarle el dvd. Sigo las instrucciones tal como las entiendo en el Manual de Uso, pero no consigo que el audio funcione. La película con la que estreno la compra la veo sin sonido. No recuerdo cuál era. Después de dos días de insistir en vano, llevo la disquetera al negocio para que me la cambien. Pero la prueban, y funciona perfectamente. Con todas las precauciones del mundo, la llevo a casa y la reconecto. Esta vez anda todo bien. No le encuentro explicación a lo sucedido.

El televisor nuevo y el tiempo libre que tengo por delante me hacen fantasear con la idea de escribir un diario sobre el Mundial de fútbol de Alemania 2006, que empieza dentro de unas semanas. La idea sería la de detenerme antes de empezar a pensar. De fútbol no sé nada; me gustaría llevar un diario que me hiciera no saber nada de nada. Hubo un Mundial, creo que el de Estados Unidos, o el posterior, en el cual los jugadores de la selección argentina se pusieron de acuerdo para no hablar con la prensa de manera individual. Hablaban estando todos presentes, sobre un escenario, o no hablaba ninguno. Decían que la prensa inventaba cosas, que las cosas que inventaba la prensa les habían hecho perder la confianza.

Consigo otro trabajo y enseguida lo lamento. Si quería ver todos los partidos del Mundial... Me dan en un almacén un desplegable con el fixture completo; tiene espacios para anotar los resultados y los nombres de los países a medida que vayan superando instancias. Me dan tres desplegables, en realidad; les sobran. Me entusiasma la idea de que uno de estos papeles termine siendo la hoja de ruta de mi vida durante el próximo mes. Me imagino anotando cada resultado en el fixture, después de cada partido, y es un poco como ver a un preso agregando (¿o tachando?) una raya cada día que pasa encerrado.

Faltan 17 días para que empiece el torneo y todavía no llamé para que me instalen el cable. Como tampoco tengo antena, ni siquiera los canales de aire puedo ver. Por ahora todo es dvd, la mayoría pasados a una velocidad veinte veces más rápida que la normal. No es necesario que entienda lo que dicen para saber lo que está pasando. Incluso, la mayoría de las veces, no sólo miro las películas aceleradas, sino que además lo hago escuchando algún disco en el equipo de música. Solamente cuando las imágenes me gustan y me dan ganas de mirarlas mejor, casi como si fuesen cuadros, dejo que la película avance a su velocidad standard, y apago la música.

¿Y si pudiese aprender algo del fútbol? ¿Si finalmente lograra sacar algo en limpio de este campeonato? ¿Si me propusiera alcanzar alguna conclusión sobre Alemania 2006? Una sola cosa, como para darme por satisfecho: una síntesis de algo, cierta condensación, una frase iluminadora, un concepto que organice. Un punto de vista, un eje. Qué sé yo... Si un torneo como éste bien podría haber sido organizado precisamente para algo así: para encontrar una articulación, una moraleja que uno pudiera memorizar, o escribir con mayúsculas, sobre una hoja de papel, ¡o en un espacio en blanco, al final del fixture!, cuando el referí dé por terminada la final, en Berlín, el 9 de julio próximo.

Vuelvo a casa de madrugada y me detengo en un quiosco a comprar una gaseosa y un paquete de galletitas. Me tiento con un sticker de propaganda y compro además dos sobres con figuritas del Mundial. Son adhesivos con las caras de los jugadores. Cinco en cada sobre, fotos muy aburridas. Un japonés que parece occidental, un brasilero con el pelo marcado en extrañas ondulaciones, un pálido serbo montenegrino, un español sin afeitado, un inglés negro, un mexicano bizco, muy serio, un alemán con una pequeña barba mefistofélica, un jugador de un país que no reconozco, con una cabeza de elefante en el escudo de la camiseta, y en el mismo adhesivo, las fotos de dos congoleños. Puede que alguno de ellos termine siendo la gran sorpresa del torneo, o quede envuelto en algún escándalo global. Por las dudas, premonitorio, revelo sus nombres: Yanagisawa, Dida, Ljuboja, Hernández, Campbell, Morales, Kuranyi, Joao Ricardo y Jacinto, Konge. Algo me avergüenza mientras reviso estas figuritas; tal vez estar mirando desde tan cerca a unos hombres a los ojos.

Deambulo por la ciudad a media tarde y me meto en un cine cuando anochece, a ver una película de conquistadores, muy larga, que algunas personas insistieron en recomendarme y otras prefirieron no acompañarme a ver. Mucha música de Wagner en los momentos de acción y de Mozart en las escenas de recogimiento individual. También deambulo por la ciudad cuando salgo del cine. Después tomo un taxi. El conductor me dice que la selección mayor acaba de jugar un amistoso de despedida con la selección juvenil, en la cancha de River. El dato me sorprende: creía que la selección mayor ya estaba concentrada en Europa. El taxista no sabe cómo terminó el partido. Sabe que la entrada costaba cinco pesos y que la cancha estaba llena. Mayores contra juveniles es como padres contra hijos; la selección tendría que haber jugado contra Boca, pienso. Pero no digo nada. No vengo bien. Por suerte mañana es feriado y pienso dormir todo el día.

En un diario, una entrevista a Lula: “No debemos hacer ideología con las relaciones comerciales”. La última pregunta que le hacen es sobre el Mundial: “¿La selección brasileña es nada más que un equipo de estrellas, o es el equipo que va a ganar el título?”. Contesta Lula: “La historia demuestra que equipos considerados como favoritos han sido eliminados en la primera fase: Francia y Argentina en 2002, Brasil en 1950, 1982 y 1986. Mejor esperar a ver qué pasa”. Recuerdo que un colega fue una vez a entrevistar al entonces presidente de Brasil, Fernando Collor de Mello. Lo hicieron pasar al despacho y ahí se encontró con Collor tipeando algo en el teclado de su computadora. Con una sonrisa de plástico, Collor lo hizo sentarse en unos sillones y durante unos minutos siguió escribiendo. Cuando se levantó de la computadora, mi colega, “atónito”, se dio cuenta de que la PC de Collor había estado siempre apagada.

En la mente, dando vueltas, como al spiedo, el recuerdo de la lectura del *Diario del Año del Tigre*, de Philippe Sollers, que pasa a través del Mundial de 1998, en Francia (“Mardi 30 juin: L’Angleterre battue para L’Argentine”, anota) y la “performance” de Carlos Correas titulada “Un día en los canales”. “He comprado un televisor usado, blanco y negro, para escribir este artículo. Si hubiera comprado uno nuevo, de color, quizás mis experiencias habrían sido otras. El lector juzgará y tendrá a bien esperar conmigo que mi viejo televisor no explote antes de terminar este texto; le diré que mi recelo es grande, pero adelante”, comienza.

Almuerzo con un amigo y una amiga. Hablamos de trabajo, de viajes, de conocidos, del menú, de Internet, del cable, de laptops, de mudanzas, de fútbol. Para mi amigo, Argentina es candidata. ¿Por qué? Porque los jugadores son muy buenos y se conocen desde hace años, cuando jugaban juntos en la selección juvenil. Porque el técnico que tenían antes es el mismo de ahora. Porque el técnico es humilde. Porque Adriano y Ronaldo, los delanteros de Brasil, no están en un buen momento. Ronaldinho es el único que preocupa a mi amigo: dice que es impredecible cuando agarra la pelota. Tomamos helado de chocolate y frutilla como postre, y un amaretto frío para la digestión. Lo hacen girar un par de minutos en un vaso con hielo y después lo sirven solo, en su copita.

A la mañana, mientras me ducho, me descubro imaginando conversaciones tensas. ¡Cuánto dramatismo! ¿También así escribo? No quisiera perderme por esos senderos tenebrosos, cada vez más húmedos y angostos, que terminan en el hundimiento. A veces son las palabras que usamos las que nos hunden. Pero también hay palabras livianas, que son como globos. Releo el párrafo sobre el almuerzo, por ejemplo. Me molesta. ¿Por qué escribo sobre fútbol, si no me gusta? ¿Por qué leo sobre fútbol, si no me interesa? ¿Qué necesidad había de empezar con esto, habiendo tantas alternativas?